

LIBROS

Educar
para la vida,
según
García
Márquez

Javier Duplá



El primer volumen de la autobiografía de Gabriel García Márquez lleva por título "Vivir para contarla", y es una narración alucinante de su niñez y luego de su juventud, en la que se muestra como un típico joven costeño, bullidor, desordenado, alegre, improvisador, talentoso e intenso, pero sin disciplina. Por eso no es de extrañar que sus relaciones con la educación formal en sus años infantiles y juveniles nunca fueron muy "formales". Fue un autodidacta como su padre, anduvo siempre reñido con las matemáticas y con la ortografía —él que leía tanto— y puede decirse que aprendió más del trato con los maestros que con los libros. Las clases le resultaban un tormento, pero se evadía de las explicaciones leyendo un libro abierto sobre sus rodillas, con la frecuente connivencia de los profesores. "Aprendí más de la vida que en la escuela, y mejor que en la escuela", dice el Gabo en frase que debería servir de reflexión para la institución escolar en general.

Recuerda sin embargo con admiración su contacto de niño con una escuela Montessori en Aracataca, "cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos y enseñaban a cantar. Con el talento y la belleza de la directora

Rosa Elena Fergusson estudiar era algo tan maravilloso como jugar a estar vivos. "No creo que haya método mejor que el montessoriano para sensibilizar a los niños en las bellezas del mundo y para despertarles curiosidad por los secretos de la vida".

Hizo dos años de Educación Secundaria en el Colegio San José de la Compañía de Jesús en Barranquilla. Recuerda con nitidez a sus profesores jesuitas, a los que dedica unas palabras reveladoras: "Los maestros jesuitas, tan severos en clase, eran distintos en los recreos, donde nos enseñaban lo que no decían dentro y se desahogaban con lo que en realidad hubieran querido enseñar. Hasta donde era posible a mi edad, creo recordar que esa diferencia se notaba demasiado y nos ayudaba más".

Terminó el bachillerato en el Liceo Nacional de Zipaquirá, a una hora en tren de la capital. "Bogotá era entonces una ciudad remota y lúgubre, donde estaba cayendo una llovizna insomne desde principios del siglo XVI", dice con una maestría insuperable para evocar ambientes. Resume así su primera experiencia en la sabana: "No sé qué aprendí en realidad durante el cautiverio del Liceo Nacional, pero los cuatro años de convivencia bien avenida con todos me infundieron una visión unitaria de la nación, descubrí cuán diversos éramos y para qué servíamos, y aprendí para no olvidarlo nunca que en la suma de cada uno de nosotros estaba todo el país".

Como en Barranquilla, fue el trato personal con los maestros lo que más le marcó: "Este ambiente sólo era posible por la clase de maestros que en general permitían una fácil relación personal." La mayoría de los maestros habían sido formados en la Normal Superior bajo la dirección del doctor José Francisco Socarrás, un psiquiatra de San Juan del César, que se empeñó en cambiar la pedagogía clerical de un siglo de gobierno conservador por un racionalismo humanístico". En resumen, "las re-

laciones de alumnos y maestros eran de una naturalidad excepcional, no sólo en las clases sino de un modo especial en el patio de recreo después de la cena. Esto permitía un trato distinto del que estábamos acostumbrados, y que sin duda fue afortunado para el clima de respeto y camaradería en que vivíamos”.

Maestros cercanos e identificados con su labor de educadores: así se podría condensar el ideal educativo del Gabriel García Márquez juvenil. Más tarde, con casi toda la vida a cuestas, su visión de la educación es mucho más profunda y determinante para el bienestar social de todos los países: “La Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo no ha pretendido una respuesta, pero ha querido diseñar una carta de navegación que tal vez ayude a encontrarla. Creemos que las condiciones están dadas como nunca para el cambio social, y que la educación será su órgano maestro. Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética –y tal vez una estética– para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar, de acuerdo con los designios de un gran poeta de nuestro tiempo que pidió no seguir amándolas por separado como a dos hermanas enemigas. Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe del desgraciado coronel Aureliano Buendía. Por el país próspero y justo que soñamos: al alcance de los niños” (“Colombia: al filo de la oportunidad”, p. 56).

.....
Javier Duplá
S.J. Educador

Flash

Lugares comunes

Director: Adolfo Aristarain

Guión: A. Aristarain y Kathy Saavedra

*Intérpretes: Federico Luppi,
Mercedes Sampietro*

Pocas veces un título hace tanta justicia al film que hay detrás como “Lugares comunes”, concentrado repaso a las inquietudes que recorren la filmografía más reciente de Adolfo Aristarain y que, de uno u otro modo, son también las preguntas, preocupaciones y sentimientos que brotan de cada ser humano en su caminar por la vida. Como ya hiciera en *Martín (Hache)* o en *Un lugar en el mundo*, el realizador argentino ahonda, “sin piedad y sin límites”, en los cimientos del alma –personal y social– para poner a prueba su solidez y reivindicar un estilo diferente a la hora de edificar las relaciones y responder a los nuevos desafíos que el momento presente plantea a las acomodaticias y resignadas conciencias actuales.

Desde el compromiso militante y con dolorosa lucidez, el director hurga en las heridas de un sistema en crisis (corrupción, desempleo, falta de expectativas), cuya punta de lanza es su país, Argentina, “asesino difuso” de ideas y proyectos, prejubilado del concierto mundial y con un incierto futuro por delante. Situación que encarna en primera persona el protagonista de esta cinta, un profesor universitario obligado a dejar la docencia a sus 60 años, a quien Federico Luppi presta su mejor tono dramático y su discurso vehemente, en un revolucionario afán por conservar la dignidad y la coherencia a salvo de hipocresías e injusticias.